

Sobresaliente en malos tratos.

Anastasio Rojo Vega.

Esto que ha venido a denominarse violencia de género es lo que llamaron toda la vida malos tratamientos y malcasamientos. ¿Cuándo comenzaron? El día que echó a rodar el reloj de la protoancestral noche de los tiempos. Por lo menos desde que hay archivos hay denuncias de malos tratos matrimoniales y como antiguamente no estaba bien visto quejarse, es de suponer que la tal noche de los tiempos es el Caribdis, el remolino, y que las querellas conservadas representan la visión lejana de Scila y de la punta del iceberg.

Lo de los malos tratos a la mujer tuvo y tiene mucho que ver en los llamados países en vías de desarrollo con un concepto de esclavitud por el que los cabezas de familia están revestidos de un principio de autoridad que se mantiene y hace respetar por medio del esperanto de los castigos físicos. Si será fácil dicho idioma que hasta los burros lo entienden. Un palo en las ancas significa que hay que seguir dando vueltas a la noria. Hacer lo que te mandan o vendrán otros. El látigo, como representante de todos los sistemas de hacer daño, garantiza la sumisión al dueño, sirve de ejemplo a contestatarios y borra fantasías de sublevación.

Un poderío que raramente fue absoluto gracias a esa evanescente voz de la conciencia que dicen escuchamos dentro y a esos principios éticos y morales que inevitablemente elaboran las minorías místicas y contemplativas, que no las constructivas e industriales. Siempre ha habido leyes limitando el abuso de los poderosos sobre los débiles, otra cosa es que se hayan cumplido. Entre dichas leyes las hubo protectoras de los esclavos, pero mucho menos de las esposas.

La ciencia antigua, griega, basada primero en la experiencia y después en la lógica, enseñó a sus hijos que la mujer era frágil, inconstante y casquivana, por ello el ejercicio de una moderada disciplina que la mantuviese en la obediencia – como a los esclavos – era bien vista incluso por los propios padres de la golpeada, que con espíritu calderoniano preferían ver a su hija con un ojo amoratado que sospechosa de poner en mala opinión el apellido. Había que controlar la conducta femenina casi desde el nacimiento, poniéndola primero bajo las manos de un ama seca que enseñase labores y buenas costumbres, después en poder de un convento, si la familia era noble o de posibles, y finalmente entregada a un buen marido, uno que cuidase de que no la faltase de nada y fuese capaz de tenerla metida en cintura. Calzonazos, no.

Mujer y esclavitud. El pegar indebida o excesivamente al ganado humano era motivo de intervención por parte de los jueces, pero golpear a la esposa no, porque las bofetadas se echaban en el mismo cajón que las caricias como elementos típicos de la vida en común, como rasgos de la vida privada y secretos de pareja que nadie tenía derecho a desvelar. Unidos para lo bueno y para lo malo; todo debía ser perdonado en aras de la santidad del hogar y de la reconciliación de los cónyuges.

La agresión física clásica, pues, era perdonada y entendida como vía de poder y control de la economía familiar por parte del cabeza de familia, de modelado de grandes mujeres y buenas madres, obedientes al marido, excelentes educadoras de sus hijos, cuidadoras de padres y familiares ancianos, veladoras de enfermos y preocupadas de que la ropa limpia y la comida estuviesen listas siempre que se solicitasen. Su premio era la aprobación social.

Tal modelo de mujer – la paciente de semejantes prejuicios - es el que sigue existiendo en los países en vías de desarrollo, en los cuales, según últimas estadísticas que van de Asia a América latina, reciben malos tratos con regularidad, es decir alguna vez a lo largo del año sin falta, entre el treinta y el cincuenta por ciento de las casadas interrogadas. En algunas zonas de la India más de la mitad de las esposas son agredidas de forma constante; y la investigación se ha preocupado únicamente de los daños físicos.

En las sociedades del bienestar el concepto de maltrato es más amplio y abarca las esferas física, verbal, sexual y psicológica. Encuestas recientes han demostrado cosas tan chocantes como que en el caso de parejas con marido violento éste suele ser, emocionalmente, extremadamente dependiente de su pareja y víctima, lo que explicaría la continuidad del acoso hasta el asesinato. También que los factores que reducen el riesgo son: nivel alto de educación tanto en hombres como en mujeres, status social elevado y autonomía femenina, entre otros. Los contrarios más reseñables: alcohol y otras drogas, pobreza y desempleo.

El estado va a intentar, con la implantación de una asignatura de nuevo cuño, eliminar una de las lacras heredadas de la noche de todos los tiempos. No sé, es como pensar que obligando a saber matemáticas a los directores de los bancos se solucionarán los desfalcos. El ser humano no deja de inventar paradojas y la próxima puede resultar esta: que el mejor marido para nuestras hijas sea el que saque sobresaliente en malos tratos.

